EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXII — DECANO DE LA PRENSA LOCAL — Núm. 9318

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 íd.—**Extranjero.**—Tres meses, 11 25 íd.—La suscripción empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

MARTES 22 DE NOVIEMBRE DE 1892.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

M.me LEONIE BROUTIN,

MODISTA DE SOMBREROS

Ha llegado á esta población con un magnífico y variado surtido de sombreros, su representante doña Pura Diaz, con quien podrán entenderse las señoras que necesiten sus servicios.

CALLE MAYOR 3, PRINCIPAL.

FUEGO Y CALOR.

COCINAS FRANCESAS con varios fogones, horno para asados y pastas. Depósito para agua caliente, forma artística y fundición esmerada.

CHIMENEAS de mármol de Italia y Macael, con puertas de corredera.

ESTUFAS Chauberski, varios tamaños y artístico decorado.

Exposición y venta, MUSEO COMERCIAL. —Puerta de Murcia.

A LOS QUINTOS

LA VERDAD

Redención del servicio militar activo.

Por 750 pesetas se juega la suerte redimiendo á los quintos que les toque servir en la Península ó en Ultramar.

Nada de sustitutos ni prófugos.

Todas las operaciones á metalico.

Para más informes, pídase al representante en esta localidad

DON JOSÉ CARREÑO.

LA LUCHA ECONÓMICA DE LAS NACIONES

FINES QUE PERSIGUEN EN SU LUCHA.

Los duros trances de la lucha por la existencia, impuestos á toda la creación, para ningún organismo se manifiestan tan terribles é inexorables como para el Estado. Las naciones, ya sea contendiendo en los campos de batalla, disputándose por medio de los ejércitos los privilegios y supremacías de la fuerza; ya sea entregándose á las artes de la paz, viven siempre en un estado de guerra permanente. Un luchar perpetuo es para ellas el elemento necesario de su desenvolvimiento.

A esta ley están sujetas todas: las unas, como más débiles, luchan para vivir; las más poderosas para disputarse la supremacía. Ninguna, ni aun en los períodos en que todas aparecen más reconcentradas en su vida interior, puede sustraerse á esta necesidad suprema. Si alguna, fiando en la paz y amistad, intenta apartarse de la ruda pelea, sucumbe pronto avasallada por sus rivales, pues en esta contienda de la vida, los combates más formidables y decisivos son aquellos que se riñen con las armas aparentes de la paz, por lo mismo que para el engrandecimiento y destrucción de los imperios, ninguna influencia es tan capital é incontrastable como la de los hechos históricos.

Pero el desarrollo de la vida económica de las naciones entraña de suyo necesidades ineludibles de defensa y agresión.

Si un pueblo no defiende y ampara las primeras fuentes de su riqueza, en breve quedan exhaustos los manantiales de su vida y perece miserablemente por agotamiento radical de sus fuerzas. Y al propio tiempo, si cuando ha llegado á la exuberancia de la riqueza no procura en el exterior una salida á sus sobrantes, se produce también irremisiblemente igual efecto de inacción y muerte.

Así en las competencias de la vida económica, los fines que instintamente arrastran á toda nación, consisten: en bastarse primero á sí misma y sustraerse en lo posible á la imposición de los demás; en dominar luégo á sus rivales en los mercados que los economistas llaman neutrales, y en imponer por último, su superioridad en el propio mercado natural de sus contrarios.

Hasta aquí la lucha económica la han sostenido las naciones, principalmente en el terreno industrial; y presenciamos ahora sus desenlaces.

Todas las industrias se encuentran en portentoso desarrollo y perfeccionamiento.

La maquinaria, las instituciones de crédito, la división del trabajo, la facilidad y baratura de los transportes, realizan tales maravillas de economía y abundancia en la producción, que las naciones más adelantadas y potentes se sienten como ahogadas dentro del mundo civilizado; y dilatándose por la acción irresistible de las fuerzas de expansión que encierran en su seno, habiendo avasallado á sus vecinos más débiles ó incautos, se derraman por las regiones de la barbarie, buscando en los continentes incultos y entre las tribus salvajes mercados para sus productos y nuevas fuentes de primeros elementos que alimenten su fiebre productora. En vista de todo esto, los hombres de Estado presienten que en el seno de la economía europea se opera una transformación inmensa. Comprenden que, dentro de los imperios más potentes del viejo mundo, el acopio de la riqueza y la población acumulada necesitan amplios horizontes de desarrollo más allá de las fronteras nacionales; y á la manera que el apicultor en previsión del vuelo de un enjambre, preparan ellos cuidadosos, con la expansión colonial, nuevas colmenas para su raza, á fin de que estos frutos de la vida patria no resulten fuerzas perdidas ó vayan con daño propio á enriquecer al vecino.

Hemos de examinar después las consecuencias de los diferentes factores producidos en esta transformación económica que ha dado origen á la lucha mercantil é industrial, fijándonos en el problema de la facilidad y baratura de los transportes.

JOAQUIN SANCHEZ DE TOCA.

POR NUESTROS FUEROS.

IV

Hay en Galdós dos novelistas distintos: el autor de los «Episodios nacionales» y el autor de las «Novelas contemporáneas.»

Los «Episodios nacionales» fueron la base de la fama de que goza y los que le dieron la popularidad con que comenzó la publicación de su segunda serie de novelas.

Novelistas históricos ha habido en el mundo muchos y muy buenos, y sin citar más que á Walter Scott, el inaugurador de la novela histórica moderna, queda probado que es un género en el que difícilmente podrá nadie despuntar, ó sobresalir.

Ni es este el mérito de Galdós.

Más le corresponde el título de reformista de la manera Scotiana. El estilo algo ampuloso, difuso algunas veces, recargado de descripción de Scott y sus continuadores, fue sustituído en Galdós por un estilo elegantemente sencillo, sin cargazón, exento en absoluto del carácter de libros de caballería que no pudo el novelista escocés desterrar por completo de sus novelas históricas. Esto en cuanto á la forma. Por lo que al fondo respecta, hay que reconocer, con Revilla, que Pérez Galdós es el primer novelista moderno que ha escrito novelas realmente épicas, sin acudir al procedimiento antiguo, sino al modo francamente realista. La serie de veinte tomos que comienza con *Trafalgar* y acaba con *Un faccioso más y algunos frailes menos*, es un verdadero monumento levantado por Galdós á la Guerra de la Independencia, al propio tiempo que las primeras avanzadas de una revolución literaria legítimamente emprendida por el autor de *Marianela*.

No tengo tiempo aquí para descartar defectos, que no faltan en los «Episodios,» y señalar bellezas salientes. Diré que en conjunto podemos enorgullecernos de contar entre los libros patrios con una serie de novelas épicas que igualan (aunque tienen distinto carácter) al más grande novelista inglés de nuestro siglo y superan á las del mismo género publicadas por los célebres novelistas franceses *Eckman* y *Chatrian* con motivo de [illegible].

En los «Episodios» demostró Galdós sus extraordinarias dotes para novelista de verdad, de más alto vuelo, de observador perspicaz y desapasionado y pintor concienzudo y castizo. Fue el primero en conocerlo Revilla, el notable orador crítico del Ateneo, y no se equivocó, como ha demostrado el autor de *Los Apostólicos* en sus *Novelas Contemporáneas*, en las que hay de todo, poemas en prosa como *Marianela*; sátiras burocráticas como *Miau*; novelas sociales, de observación inmediata, como *La Desheredada*, *Fortunata* y *Jacinta*; crítica seria, profunda y eficaz de los abusos á que se prestan ciertas exageraciones de la religión, así como verdaderos conflictos sociales, sin solución conocida, que son motivados por estas mismas exageraciones, como *León Roch*, *Gloria* y *Doña Perfecta*. Todo lo ha abarcado el talento de Galdós, un talento sereno, fuerte, bien equilibrado y sin apasionamientos perjudiciales para la imparcialidad que debe caracterizar al novelista á la moderna.

Podría señalar aquí algunos defectos salientes.

Podría señalar como una equivocación notable de Galdós el argumento de *Gloria*. La persecución de que los vecinos de Caneja, hacen víctima á Morton, en cuanto se enteran de que es judío, habiendo entre estos vecinos muchas personas medianamente ilustradas, es cuando menos exagerado, en los tiempos á que hemos alcanzado; así como el carácter de Gloria resulta algo escultural, demasiado escueto, recortado y de líneas duras. Y este es uno de los defectos más señalados de Galdós. No ha llegado á conocer á fondo á la mujer moderna. La exagera algo y nos la presenta sin ese claro-oscuro de todos los caracteres humanos. Tiene una mujer, María Egipciaca, la esposa de León Roch, que es una de las mujeres más notables y sobresalientes de las letras españolas desde el punto puramente artístico; pero que resulta, como Gloria algo fuera de lo natural, y defectuosa por tanto, cuando se considera la tendencia racionalista de la novela, y el interés de poner de manifiesto las grandes epopeyas que al hogar trae una religiosidad exagerada y mal entendida, fustigando de paso la rutina que es causa de esta clase de educación en la mujer. Algo parecido podría decir de Doña Perfecta, uno de los primeros personajes de la novela del mismo título. La protagonista de *La Desheredada* es la mujer más mujer que ha pintado Galdós, con parecerme á mí más real, más viva Augusta, la protagonista de *Incógnita* y *Realidad*.

Pero este defecto, que el talento verdadero sabe disimular deslumbrando, no desluce en nada el mérito del autor de *Tormento* como observador social y traductor fiel de sus observaciones en la vida práctica.

No puede decirse más de Zola, con ser el novelista de más talento que hay en Francia (á pesar de los mal fundados ataques de sus enemigos naturales como Brunetière y Sarcey, que, á pesar de su fama de buenos críticos, y de escribir en la *Revue de deux mondes*, no *juzgan* á Zola como críticos, sino que le atacan como sañudos adversarios), aparte de sus cualidades de excelente crítico.

Se ha dicho de Galdós (lo han dicho algunos gacetilleros mal educados) que imita á Dickens. No voy á defenderle, porque nadie que haya leído á Dickens y á Galdós, dejará de reirse de esta monstruosidad—monstruosidad motivada por la afición decidida que tiene Galdós á la literatura inglesa y los viajes que hace todos los años á Inglaterra;—sino que lo consigno como un rasgo que caracteriza á nuestros *reporters* (en francés), noticieros ó gacetilleros (en buen castellano) que se meten á críticos por sobra de vanidad y falta de tacto en las empresas perio-

Lo cierto es que Galdós, como creo dejar demostrado, aunque le he juzgado á grandes rasgos, es la personalidad más saliente y original entre nuestros modernos novelistas.

MANUEL BIELSA.

Cartagena 21 Noviembre 1892.

COLABORACION INEDITA.

CAMBIO DE PAPELES

Por humanidad rara vez nos impondríamos el sacrificio de pasar una mala noche, porque la humanidad... Debo advertir que las ideas expresadas en los párrafos subsiguientes no son mías, sino de un vecino mío, misántropo y pesimista hasta mi casa; esto es, hasta la pared de enfrente.

Digo que por humanidad no levantaríamos un alfiler del suelo; pero la sociedad, la amistad, todas estas cataplasmas de linaza inventadas con objeto de calmar la irritación natural del hombre contra sus semejantes, por ser éstos unos canallas de la peor especie (textual: siempre de mi vecino), nos obliga á veces á sacrificar nuestra comodidad, nuestras ocupaciones ó nuestros gustos, para atravesar la calle y visitar al vecino enfermo.

Casi con estas palabras me recibió el misántropo; añadiendo que había hecho muy mal en acordarme de él; que probablemente me lo pagaría con una mala pasada; y que es tonto de capirote el hombre que se toma la menor molestia por los demás.

—Bueno ¿qué es ello? ¿qué le duele á usted?

—La mujer como siempre.

—¿La mujer? cómo.—Nada más cierto:—me contestó.

—Ya sabe Ud. que con mis costumbres no dejo resquicio por donde pueda asaltar un mal constipado; pero tuve que ir á recoger á mi querida cónyuge (¡cuándo se la llevará Dios!)

—¡Don Bernardo!

—Digo que tuve que ir por ella á casa de mi cuñado, que es un animal de muy mala intención que tiene la casa llena de estufas y chimeneas con objeto de que el que lo visite reviente á la salida, y en efecto, al salir cojí un pasmo que ni el de Sicilia.

—Pues no parece cosa mayor. No tiene Ud. fiebre.

—Ahora no; la he tenido esta noche pasada. Aunque yo lo atribuyo á la proximidad de mi mujer, que me enciende la sangre.

—¡Don Bernardo!

—La prueba es que me he sentido mucho mejor en cuanto á la señora le ha dado la gana de dejarme solo en la cama.

La señora de mi vecino, mientras entraba y salía en la alcoba no perdía palabra, porque aunque las oía todas no contestaba ni devolvía una sílaba.

—Eso quiere decir que está Ud. gozando solo del techo todo el día.

—Menos un poco;—replicó D. Bernardo;—á las nueve rompió la bestia de la maritornes una olla, según supimos; pero hasta las diez y media, hora en que el mundo se vino abajo hacia la parte de la cocina, por haber caído al suelo y héchose añicos todo el servicio del café, no se dignó mi cara esposa poner los pies en el suelo.

—Hombre tenga Ud. en cuenta que la maritornes no hubiera salido más barata, porque su mujer de Ud. hubiera estado levantada.

—Tiene Ud. mucha razón: mi mujer rompe bastante más que la chica. Mire Ud., un día que estábamos sin criada, al entrar en la cocina rompió un tazón que estaba lleno de aceite: fue después á sacar agua de la tinaja con un cacharro; charro cayó en la tinaja y la rompió; y ya desesperada, se echó á llorar, se llevó los puños á los ojos y se reventó un anzuelo. Tiene unas manitas como el caballo de Atila.

—Hombre Ud. exagera.

—Rigorosamente histórico.

—Vaya, vaya. Yo lo que veo es que le cuidan á Ud. y le miman...

—Vecino, no sea Ud. ganso. Cuando esté Ud. malo, le cuidará á Ud. con solicitud la criada, si es guapa y le da á Ud. un pellizco de vez en cuando, porque son chicas brutas pero agradecidas; ó si tiene Ud. madre y hermanas también le asistirán con esmero, por dar en los hocicos á su mujer de usted y demostrarle que no sabe hacer las cosas; y no faltará alguna amiga pérfida de su mujer de Ud. que le traiga á usted una taza de caldo, movida de un sentimiento que no debemos meternos á analizar ¡allá Ud. y ella! Pero su mujer de Ud.... No espere Ud. que le cuide en lo más mínimo.

—Pero ¿por qué no?

—Porque lo impone el cambio de papeles. Una enfermedad en el marido ó en la mujer determina siempre un cambio de papeles en el que queda sano.

—¿Cómo es eso? Si es la mujer la enferma cambia de papeles el hombre. No sale de casa, entorna las maderas, arregla las ropas de la cama, da friegas, pone cataplasmas, y si es preciso, espuma el puchero. Aquí donde Ud. me vé, *hice* una vez el cocido y salió bien, apesar de que se me olvidó el tocino.

—No fue mucho.

—Le digo á Ud. que estaba muy rico. Y en fin; ello es que el hombre hace en tal caso oficios de mujer. Pero si es el hombre el enfermo, la mujer deja su papel, que es el de cuidar al enfermo, y toma el del hombre: rabia por todo, por todo gruñe y se enfada, no sabe dónde tiene la cabeza y alborota inútilmente la casa. Eso, si no se pone la mantilla para ir á casa de Fulanita, cuyo marido está enfermo; y allí es el quitarse la mantilla y el llevar tazas de caldo, como lo podría hacer el mejor amigo. Pero en su casa...

D. Bernardo cortó su peroración. Su mujer entraba en aquel momento